



NÚMERO SUELTO 15 CENTIMOS.

Madrid y Provincia. — Mes, 1 peseta; Trimestre, 2.50; Semestre, 5; Año, 10. — Extranjero y Ultramar, 15. Número atrasado, 25 céntimos.

Se suscribe en la Administración, Fuencarral, 119; en la librería de Fe, Carrera de San Jerónimo, 2, y en las demás principales.

JOAQUÍN GONZÁLEZ LOSADA

El día 15 del actual asistimos al entierro de este querido compañero, que nos ha ayudado durante ocho años en los trabajos de redacción.

Era una verdadera especialidad para tratar asuntos clericales. Educado por los escolapios, trató más tarde á los curas en una librería religiosa, y supo después retratarlos á maravilla. De ello da testimonio el libro que deja, titulado *Cuervos y Lechuzas*, (fotografías clericales) donde están recopilados muchos de los artículos que publicó en *EL MOTÍN*.

Escribía en verso con la misma facilidad, soltura y corrección que en prosa. Es posible que en breve recopilemos algunas composiciones, para que haya un libro más que honre su memoria.

Ha muerto muy joven (31 años), y deja entre los que tuvimos la fortuna de tratarle recuerdos que se borrarán con nosotros. Era un hombre inteligente y honrado.

En este número publicamos algo de lo que escribió cuando ya veía próximo su fin, para patentizar lo sereno de su espíritu y que no le abandonó en sus postrimerías el humorismo sano que empleó en todos sus escritos. En los sucesivos iremos insertando lo poco inédito que de él nos resta.

¡Pobre compañero! Merecía haber vivido más, para bien de las ideas que defendemos. No era un anticlerical fanático; era un pensador convencido que creía más demoledora la risa que la indignación; más eficaz el estilo regocijado ó ligeramente irónico, que el altisonante y trágico.

Trabajador modesto y tenaz de la obra redentora, tiene derecho á la gratitud de los oprimidos y á los cariñosos recuerdos de sus compañeros

JOSÉ NAKENS. JUAN VALLEJO.

Á LA ESCALA DE RESERVA

Otro republicano de verdad á su casa; otro revolucionario convencido sacrificado; otro hombre de grandes alientos y energías apartado de la política activa; otro enemigo de traiciones y emboscadas retirándose hasta que pueda combatir cara á cara y á la luz del día.

Santiago de la Iglesia, presidente de la junta directiva del partido republicano del Ferrol, ha presentado la dimisión de su cargo porque no se divida más el partido, y además cansado de las luchas internas que ha sostenido por oponerse á toda acción legal y por no haber podido llevar los principios republicanos al municipio. En su renuncia hay estas nobles y levantadas palabras:

«Cuando pueda ser útil para luchas levantadas en las que haya de exponerse ó de sacrificarse algo, no fallaré.

Pero, de graciadamento, hoy no hago f.l.a; todo al contrario.»

La patriótica y justificada conducta del Sr. la Iglesia, ha sido imitada por los demás individuos de la junta.

Y ahora andan algunos discutiendo si ha debido ó no el Sr. la Iglesia, lo mismo que sus compañeros de junta, presentar la dimisión, pequenez que en nada altera el hecho principal. Lo que han debido todos es obrar antes de manera que no se viesen obligados á presentarla. Estos escrúpulos de legalidad ó de procedimiento resultan ridículos.

Hasta qué punto cree el Sr. la Iglesia que debe alejarse de las miserias del partido, lo dice bien este suelto de *El Independiente*, periódico republicano de la localidad:

«Tenemos entendido que el expresidente del partido, primer teniente alcalde y jefe de la mayoría municipal, nuestro querido amigo D. Santiago de la Iglesia, ha adquirido casa en un distrito vecino y solicitado allí su ciudad legal como único medio posible de no volver á pisar el ayuntamiento y de no ser molestado por nada relativo á un cargo, que ha llegado á hacersele repulsivo.»

Después de decir esto, pregunta el ilustrado colega:

«¿Qué especiales condiciones se necesitan, entonces, para durar y eternizarse en el ayuntamiento?»

«¿Qué especial patriotismo tienen unos, y por qué carecen de él los más distinguidos é ilustrados hombres de nuestro partido?»

Preguntas son estas á las que pudiera contestar la opinión, señalando los concejales que pasan por hacer negocios ayudando á los alcaldes de real orden.

Pero ¿qué ocurre entre nosotros desde hace algún tiempo, que los más patriotas, los más instruidos, los más honrados, se van retirando á sus casas, mientras bullen, y excomulgan, y medran los que nada hicieron y menos valen?

Creo que sería una buena idea la de formar un partido con los hombres de valer, enérgicos, y dignos que no se someten á las jefaturas; partido que no se pareciera á los demás y que valdria más que todos por su calidad y hasta por su número.

Y esto se conseguiría reuniéndonos todos los anatematizados y calumniados por los jefes y sus camarillas; todos los que viven alejados de la política activa por no morir de asco; todos los que la vocinglería y la farsa de los ambiciosos de retrete mantiene á prudente distancia de las luchas de infusorios en que nos agitamos; todos los que, sin haberse aun proclamado independientes, lo son en realidad; en fin, cuantos creemos que sin dignidad en los individuos no puede haberla en los partidos.

Y entonces verían los jefes lo que han perdido, y se convencerían de que vale mucho menos lo que hoy les queda.

Pero no formaremos ese partido. Todo lo que tiene de osada la ineptitud, tiene de modesto el mérito. Entre los republicanos vienen predominando los presidentes de comité que aspiran á ser mañana alcaldes, los de juntas provinciales que sueñan con ser gobernadores, y los individuos de las juntas directivas que casi no se contentan con ser ministros; y nada más natural que acojan, y que apoyen, y que busquen fuerzas en los que tienen echado el ojo á las

plazas de inspectores de policía, cabos de consumos, directores de asilos benéficos y contratistas de la limpieza de pozos negros.

¿Y quién se pone enfrente de toda esa basura sin exponerse á perder el olfato y sucumbir por contagio de cualquiera de esas enfermedades mortales, cuyos microbios se llaman inmoralidad y desvergüenza?

BIEN VENIDO

Ha comenzado á publicarse en Vigo un periódico semanal titulado *Canta Claro*. En su primer artículo, después de lamentarse de la desunión de los republicanos y de atribuir la responsabilidad á quien electivamente la tiene, dice:

«¿Que res a pues? O abandonarlo todo, ó establecer la lucha contra esos elementos que aniquilan y desvirtúan el partido. Nosotros vamos á esto último. Detractores de Nakens cuando aun vivíamos engañados, somos hoy los primeros en darle la razón. Hay que sanear este partido, sacando á la vergüenza pública todos los defectos de que sus hombres adolecen.»

Vaya esa mano compañero. Más para que sepa dónde se mete, le diré lo que va á ocurrirle.

No habrá tonto, ni pillo, ni polizonte disfrazado de revolucionario, ni lacayo, ni limpiabotas de los jefes, que no se crea con derecho á morderle, para ver si con la tira de piel que le saque puede echar algún remiendo á su apolillada honra.

Pero á bien que con desdén y saliva se remedia todo eso, ya que no tenemos duros ni credenciales de vigilantes de consumos ó de la ronda secreta que repartir entre esos desdichados.

El estilo de *Canta Claro* responde á las ideas que sustenta. Véase la muestra:

«Nuestra perseverancia y nuestra fe en los jefes, dice, son las causas principales de que estemos aun igual que el primer día, á merced de una constitución rechazada por el siglo.

Mucho tiempo hace que debimos renunciar á ese triunvirato, ilustre por su saber, inútil por su falta de patriotismo y energía. Sin la constante rémora de tales personajes, la República sería un hecho en España hace algunos años. Sin embargo, alegrémonos de que así no haya sucedido. Una República traída por Salmerón, Zorrilla ó Pí, no habría durado mucho tiempo. Cuando esas tres figuras del gran partido republicano no han sabido prescindir de rivalidades y antagonismos antes de ser gobierno, ¿cual no habría sido la lucha entre ellos si hubiesen alcanzado las riendas del poder?»

Alguien ha creído ver en ese afán de separarnos demostrado por ellos, un convencionalismo que no nos honraría ciertamente. Quizás van demasiado lejos los que tal cosa han pensado. Pero, sin estremar los juicios, lo indudable es que, con esos jefes, la revolución nunca sería hecha; y como la República sólo por la revolución puede implantarse, ¡monarquía nos quedaba para rato si á Salmerón, Pí ó Zorrilla hubiésemos de fiar el derrumbarla!»

El colega concluye felicitándose de que haya comenzado á señalarse en el pueblo un movimiento de reacción contra los jefes, y espera que muy pronto proclame su completa, su absoluta emancipación.

Del pueblo exclusivamente depende el que así suceda. Si no lo hace, es que merece ser esclavo de esos hombres.

RAMÓN CHÍES

El día 15 del actual hizo un año que murió. La causa republicana perdió un combatiente esforzado, la democracia un apasionado adorador y la libertad religiosa un propagandista incansable. Luchó tanto en la guerra contra la injusticia y la superstición, que conquistó el derecho de descansar en paz y de que no se borre su recuerdo.

EL DINERO DE LOS POBRES

¿Que como piensan en Santander conmemorar la terrible catástrofe del 3 de Noviembre del año próximo pasado? Con un solemne sufragio, una procesión religiosa y la colocación de una piedra para instalar más adelante un monumento según unos, una cruz según otros.

A *La Voz Montañesa* le parece que sería mejor distribuir las 600.000 pesetas que aun deben obrar en poder de la Junta, entre los damnificados; repartiendo en el mismo sitio de la catástrofe, no las cantidades, sino los libramientos, para que después los realicen.

¿Mejor para quién, querido colega? ¿Para la justicia, la equidad y el sentido común? Indudablemente; más no siéndolo para los curas, beatos e hipócritas adyacentes, como si no. Hoy, todo lo que se haga debe redundar en beneficio exclusivo de esa gente.

Propone también *La Voz* que se construya una escuela asilo en que reciban educación y sustento los hijos de las víctimas de la catástrofe, y en esto ya peca de inocente. ¿Para qué se necesitan escuelas en un país dominado por los curas, y donde la cualidad de bruto se recomienda por sí sola? Consulte este punto con el López secuestrador de libros (muy señor y procesado nuestro.) El hombre religioso, mientras más acémila, más en condiciones se halla de alcanzar el aburrimiento eterno.

No le parece mal a *La Voz* que se celebren sufragios y procesiones, siempre que no se gaste un ochavo en ellos. ¡Ah, pícaro colega, y cómo encubre su maligna intención! Demasiado sabe que si no hay luz, no hay moscas; más claro, que si no hay dinero, no hay curas. Si estos trabajasen gratis, poquito que nos íbamos á divertir ciertos ciudadanos. Por lo que á mí toca, tendría siempre á diez ó doce presbíteros al retortero, cantándome é incensándome. Pero como no se puede tratar con ellos sin detrimento inmediato de los metales, de ahí que me abstenga hasta de darme los buenos días.

Y que esta no es una opinión mía, lo prueba el hecho mismo de autos.

El 3 de Noviembre del año anterior se quedó casi en cuadro Santander, y el 3 de Noviembre de éste quieren los curas hacer una brecha en los fondos que aún quedan del dinero que la caridad aportó; y que las lágrimas vertidas hace un año, se conviertan en vino para los curas en éste; los miembros destroza-dos, en chuletas y gallinas; y que las brasas del incendio, sirvan para cocer sus ollas... ¡Y luego queremos que no crean en la Providencia, que por tan extraños caminos subviene á sus necesidades!

¡Oficio singular el de cura! Cuando los demás lloran, ellos cantan... De las catástrofes sacan provecho... Las epidemias les proporcionan cadáveres... los cadáveres misas... las misas, vituallas y abrigo!... ¡Por qué no me haría yo cura!

Mas volviendo al artículo de *La Voz*:

Lo que indudablemente tiene más miga en él, son estas preguntas:

«Que destino se piensa dar á esos fondos? (las 600.000 pesetas.) ¿Cuándo se van á distribuir? ¿Con qué derecho, en virtud de qué principio de equidad, de justicia, ni de moral, puede la Junta retener un día más tan respetable cantidad, cuando hay perjudicados, de quienes es legítimamente, que sienten necesidad?»

Ignoro si las gentes que forman esa Junta son religiosas, aun cuando me lo haga sospechar el ver que imitan en pequeño al obispo Calvo y Valero, en esto de retener lo ageno; pero si efectivamente lo son, ya pueden los necesitados perder toda esperanza: ese dinero será empleado en gorgoritos y en ceremonias católicas. La moral al uso permite á la conciencia de ciertas gentes apoderarse de todo lo que pertenece á los pobres en beneficio de la Iglesia.

¡Ah! Se me olvidaba.

Si del dinero dado por la caridad para los pobres perjudicados por la catástrofe de Santander, se han distraído, como se murmura, algunas cantidades para reparar la Catedral y edificar el edificio de los padres Salesianos, que se lleve el asunto á los tribunales, para que los fervientes católicos (entre los cuales de seguro está el López de marras), paguen de su bolsillo lo que hayan dado, y se evidencie que las gentes de Iglesia no reparan en recibir todo el dinero que les dan sin averiguar su procedencia.

PARODIA

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y en aldea escondida
forma parroquial nido
con ama y sobrinin recio y nutrido!

Del monte en la ladera
con ageno sudor se agencia un huerto,
que por la primavera
á un bizco deja tuerto,
mostrando en lontananza fruto cierto.

Se sumerge en el río
cuando llegan los días del verano,
que al cuerpo infunde brio
ejercicio tan sano
lo mismo en Alcorcon que en Puertollano.

Después se da un paseo
que su apetito aviva y acrecienta,
llega, deja el manteo,
y llama á su sirvienta
que sabrosas chuletas le calienta.

Bajo la verde parra
cuyas hojas la brisa blanda agita,
¡no es siesta la que agarra
el repleto curita!
¡Cada ronquido da, que Dios tiritita!

En invierno sombrío
la helada escarcha en el cristal blanquea,
pero él no siente frío
viendo cómo chispea
la lumbre de su enorme chimenea.

Con buena mesa y cama
vive feliz el respetable cura
en unión de su ama,
amable criatura
que alegra sus momentos de amargura.

Si alguna vez decido
terminar esta misera Odisea
ya del mundo aburrido,
si alguien verme desea,
que me busque de cura en una aldea.

JOAQUÍN G. LOSADA.

CARNE DE HOSPITAL

Indignación y lástima produce la lectura de los siguientes hechos que refiere el *Boletín de Medicina Naval*:

«En el hospital militar de la Habana, dice, se hallan confundidos en todas las salas de medicina los enfermos de fiebre amarilla, los de fiebre tifoidea y otros afectos infecciosos y contagiosos, con los individuos que van por cualquiera otra enfermedad.»

Allí es ley segura, infalible, que el soldado que no ha sufrido la fiebre amarilla, si llega al Hospital por cualquier otro motivo, adquiere la enfermedad endémica.

Se ve diariamente que un soldado que ha entrado por haber sufrido una herida, padece de fiebre amarilla contraída en aquel foco gigantesco.

La mortalidad de soldados que se consigna en las estadísticas no se debe al clima, si no á ese padrón de ignominia que se llama Hospital militar.

El departamento de alienados es un largo salón, en el que se han construido jaulas estrechísimas. En cada una de ellas, tendido sobre una tarima, hay un pobre loco.

Hacia la parte del Sur se encuentra la sala de convalecientes, verdadera estufa, donde lo bajo de techo, unido á la falta de aire y de luz, hacen casi imposible la vida.

En el Hospital militar de la Habana no hay excusado ó letrina; los excrementos se tiran al arroyo del arsenal.

Al lado de este cuadro, resulta consolador el que ofrecen esos licenciados de Cuba que rigaron con su sangre la manigua, muriéndose de hambre ó pidiendo limosna en las calles por no pagárseles los abonos con que hacen su agosto los especuladores, adquiriéndolos casi de balde.

Si para Napoleón eran carne de cañón sus soldados, para los gobiernos de la restauración, los que la patria envía á Cuba son algo peor: ó un plantel de mendigos, ó carne de Hospital.

De esto, y de tantas cosas parecidas, deberían ocuparse los diputados republicanos. Así formarían opinión favorable y simpática á nuestras ideas, y cumplirían además con su deber de hombres humanitarios y justos.

Por otra parte, las madres de todos los soldados

que han muerto, y las de los que estén mañana expuestos á morir, sabrían agradecerse, y nada tan grande y hermoso como el agradecimiento de una madre.

CARIDAD CLERICAL

Un nuevo dato para juzgar de la caridad que se ejerce en los asilos donde mandan ó intervienen los clericales.

Dice *El Pueblo* de Cádiz:

«El arroz que echan (en el Hospicio) está muchos días lleno de gusanos; los garbanzos negros, duros y malísimos... ¿Por qué no se le enseñó esto á lo comisión? ¿Por qué no se le dijo las canalladas que se cometen con los asilados? ¿Por qué se quitó de enmedio á los niños víctimas de abusos deshonestos? ¿Por qué no se entrega á los tribunales á los puercos sodomitas, que están haciendo indecencias, y cuyos nombres, lo mismo el director que las hermanas los saben perfectamente? ¿Por qué se ha dejado impune el crimen de un hospiciano que mató de un ladrillazo á un pobre anciano? ¿Por qué se elabora el pan con harina tan basurera, dando un alimento nocivo á los albergados? ¿Por qué se ha tolerado y tolera el tráfico de los boliches con los pobres ancianos, en beneficio de un cabo? ¿Por qué se permite que un impresor explote inicuaemente á los pobres niños tipógrafos del Hospicio? ¿Por qué se consiente que algunos entes roben á los niños los regalos de sus familias?»

En otro artículo titulado *El rebaño de María ó La inquisición de los niños*, después de detallar una porción de abusos inculcables exclama el colega:

«La caridad católica es una infame especulación de clericos, hermanucos, hermanas, sociedades piadosas y altos personajes, que protegen á sus cooperadores para los interesados fines que persiguen: la explotación de la humanidad, el tráfico con la pobreza, con la desgracia, con los deshonorados.»

«¿Cuánta farsa, cuánta iniquidad, cuánta mentira, cuánta infamia y explotación encubren todos esos asilos de supuesta caridad, bautizados con distintos nombres, pero iguales todos en sus fines embusteros, egoistas y especuladores!»

Como se ve, *El Pueblo* no se muerde la lengua. Pero es inútil todo. Mientras tengan la sarten por el mango, los clericales se burlarán de leyes, opinión y justicia, y proseguirán incansables su obra de aniquilar todas las fuerzas del país, para poder en un día próximo dominarlo por completo, contando entre otras cosas con la paciencia del pueblo.

Si éste no la pierde pronto, ¡ay de la libertad!

MILITARES MÍSTICOS

El Ejército Español, órgano del ministro de la Guerra, comentando las noticias de que los comandantes generales en jefe de los cuerpos de ejército cuarto y quinto presiden procesiones y rosarios, dice que cree llegada la hora de que nuestros generales piensen en emplear el tiempo en cosas más propias de su profesión.

El periódico militar no está en lo cierto. Desde que las empresas guerreras se reducen á la celebración de misas de campaña, no es ageno á la profesión de los generales llevar pendones en fiestas religiosas.

Afortunadamente la fe se ha arraigado de suerte, que nuestros caudillos, sumisos á la gente de Iglesia, no se atreverán á decir á un obispo lo que se atribuye al Campeador:

«Llevad vos la capa al coro,
yo el pendón á la frontera.»

Lo llevan en las procesiones, cosa que, sobre ser más cómoda, también conduce á la gloria; á la eterna nada menos. Si, porque de la otra, por ese camino no hay que hablar.

Y aquí una duda.

El día que se echen los carlistas al campo en nombre de la religión ¿cómo van esos militares beatos á combatirlos?

Se podrían en contradicción con sus creencias; servirían al diablo en vez de servir á Dios.

Que vayan pensando en esto y pidan su retiro para no verse obligados á sostener una lucha terrible entre su religión y su deber, comprometiendo de paso la salvación de su alma, que debe ser lo importante para ellos.

El mismo *Ejército Español* dice en otro suelto:

«Nos recuerda *La Justicia* que en España ha habido obispos de armas de tomar.

Es la compensación natural y justa en un país en que los generales llevan estandartes en las procesiones y presiden rosarios callejeros.»

Hasta la empuñadura.

José Domingo Corbato ha sido preso en Valencia por supuesto delito de lesa majestad, y por injurias á la familia real, á la monarquía y al gobierno.

¿Que quien es ese terrible demagogo? Un fraile.

Toma frailecitos, monarquía.

EL SOMBRERO DEL CURA

(CUENTO)

¡Qué sombrero el del párroco don Lucas! Era de aquellos de primitiva raza; largo, de extensas alas que se doblaban retorcidas junto á la cúpula del laboratorio de sermones.

Era un verdadero sombrero de teja en toda la extensión de la palabra. Cuando á su propietario le cogía sin paraguas un chubasco, el agua pluvial corría y se deslizaba por él que era una hermosura.

¡Qué lástima que no haya podido conservarse aquel artefacto prehistórico! Estaba escrito (ó lo iban á escribir) que pereciese aquella joya de la industria sombrerera.



Don Lucas, en uno de sus vespertinos paseos por la orilla del río, detúvose á contemplar el curso de la corriente y á hacer deducciones filosóficas. «Así se van deslizando—decía—las antiguas creencias; así se van entre los rumores de la impiedad moderna los santos ideales, y así... ¡se va mi sombrero río abajo!»



Y era verdad: una ráfaga de viento había impulsado al agua el sombrero de D. Lucas. Por ella iba flotando como un bardo vuelto quilla arriba, ya deteniéndose en algún remanso, ya prosiguiendo vertiginosamente su viaje.

D. Lucas lo vió desaparecer á lo lejos con lágrimas en los ojos y dolor en el corazón.

Y ¿qué hace un hombre—y aunque sea un cura—cuando pierde el único sombrero que posee? Procurarse otro si puede.—Eso pensó el buen párroco, y al efecto, se encaminó al día siguiente á la próxima villa.



Calentaba el sol como un horno, y D. Lucas no llevaba en la cabeza para defenderse de él, más que el solideo que le tapaba la coronilla. Y gracias á que un feligrés generoso le prestó un amplio sombrero de paja de trigo, ¡que sino, insolación fija!

Hétenos á nuestro cura en las mismísimas puertas de la villa; pero ¿cómo entrar en ella con manto y

sombrero de paja? Lo tomarían por un misionero del Paraguay ó un catequista de los indios del Chaco en la Argentina.



—Mira—le dijo á un rapaz que había por allí á mano—guárdame este sombrero un momento, que á la vuelta te regalaré una medallita.—Y se fué tranquilo á hacer su compra.

—¿Tendría usted un sombrero para mí?—preguntó al único comerciante que en la villa negociaba en ese artículo.

—Veamos. Pruébese usted este.

—Me viene ancho.

—¿Y este?

—Me viene

corto.

—Pues no le puedo servir á usted. ¡Tiene usted una cabeza tan dificultosa! ¿Quiere usted llevarse uno de estos á lo Guerrita que son flexibles y se amoldan á todo?



—Hombre, me le llevaría si hubiera de vestir de paisano; pero yo no soy como esos curas seglarizados á quienes la ropa talar pesa como una losa de plomo. No, señor. Yo visto siempre el traje de mi ministerio. Y ¿le parece á usted que ese sombrero sería compatible con mi traje? Es como si á usted, con esa americana de alpaca que usa, le pusieran una mitra, ó al Cristo titular de mi parroquia le colgasen un sable de caballería. Nada. Me resignaré á pasarme sin sombrero hasta que el ordinario de mi aldea vaya á la capital y me traiga uno. Quede usted con Dios y dispense la molestia.

—Nada de molestia, señor cura. Lo que siento es no haberle podido servir.

—¿Y qué hago yo ahora? Siquiera para volver á casa usare el sombrero que le dejé á ese rapaz. Pero ¿dónde está el maldito?... Aquí lo dejé junto á esta piedra que señala el kilómetro 27. Apostaría á que ha vendido la prenda á cualquiera de los segadores que andan por aquí y se ha escapado con el producto de la venta. ¡Fíese usted de la infancia de hoy! Vámonos, ¿á qué ese chico no parece por ninguna parte? Y el caso es que el sol pica como una vibora. Mas ¡oh esperanza consoladora! ¿Qué veo!... Aquel que viene en aquel caballo, es Hipólito, el rector de la hermita que hay ahí abajo. Ese gana mucho con las ofrendas y tendrá muchos sombreros de repuesto. ¡Me he salvado! Tiene la misma dimensión de cabeza que yo. ¡Como que en el seminario usábamos indistintamente los bonetes de uno y otro! Ya llega... ¡Oh amigo Hipólito! Vienes á tiempo de prestarme un gran favor.



—Tú dirás.

—Es el caso que he perdido el sombrero por un accidente fortuito. En la villa no encuentro ninguno á mi medida. Tú debes tener alguno de reserva. ¿Quiere prestármelo hasta que me procure otro?

—Lo siento, pero no puedo servirte. Tenía uno nuevo, llamante, que guardaba para los casos solem-

nes. ¿Pues sabes lo que hizo ayer con él mi sobrinito? Abrirle dos boquetes tremendos, atarle un par de cuerdas y convertirle en una especie de carro sin ruedas para transportar arena en el jardín de la hermita.

—¡Qué fatalidad!

—Pero no te apures. Conservo aun en casa la boina que usé en la facción. Es preciosa. Tiene una borla que me regalaron unas monjas, que es una obra maestra en su clase. Ven conmigo á casa y te la daré. Siquiera así te preservarás del calor.

En efecto, poco después D. Lucas se dirigía á su pueblo ostentando aquella boina que había prestado tan buenos servicios.

Más de repente surgió como por encanto una pareja de la guardia civil.

—¡Alto!—le dijeron los de la benemérita.—Usted está complicado en esa conspiración carlista que dicen que se trama.

—¿Quién? ¡yo! ¡Si soy más inofensivo que las palomas! ¡Si no me meto en política!...



—Nada, nada; esa boina le denuncia. Usted iba á levantar la partida de que se habla.

—¿Partidas yo? ¡Si no co-rozco más que las de tresillo, que echo con el botica-

rio, y las malas partidas que me juegan mis feligreses!

—¡Ea! Basta de disculpas. Eche usted á andar delante, y si se resiste, lo ataremos codo con codo.

—Pero si es que...

—Fernández, saca la cuerda y amárrale, que debe ser un pájaro de cuenta. Ahora, andando y á cerrar el pico.



Mientras se aclaraba ó no el asunto, D. Lucas permaneció dos días en la cárcel del partido. Al entrar en el establecimiento le habían decomisado la boina y volvió á quedarse en pelo.

Un compasivo empleado quiso regalarle una gorra, modelo de los ratas de La Gran Vía, pero la rechazó indignado, diciendo:

—¿Qué quiere usted? ¿Que salga á la calle con ese adminicu-



lo y vuelvan á prenderme tomándome por un discípulo de Caco? Estoy escarmentado de usar coberteras ajenas... y de acercarme á los ríos en días de viento.

JOAQUÍN G. LOSADA.

Se nos dice que el obispo de Santander y el marqués de Comillas procuran que se empastele el proceso formado al López de Santander por secuestro de libros, ó que, si llega á verse en el banquillo el desdichado concejal, salga absuelto.

Estamos tan acostumbrados á ver anomalías, que no nos extrañaría una más. Sin embargo, sospechamos que por esta vez los esfuerzos del clericalismo serán vanos. Se trata de un delito probado.

Esto no quita para que estemos á la mira y denunciemos á la opinión los manejos que podamos comprobar. Podrá dejar de hacerse justicia en este asunto, pero no impedir que gritemos muy alto.

OTRO NIÑO MALTRATADO

Titúlase el edificio donde se ha maltratado al niño Juan Manuel del Campo, colegio de Nuestra Señora de las Maravillas, y está situado en la calle de Bravo Murillo.

El niño tiene ocho años y estaba haciendo palotes; y por si no cogía bien la pluma, el hermano Juan le dio de bofetadas, le zarandeó de lo lindo y le hizo lavarse después con agua y vinagre para que no se le conociera.

En la Casa de Socorro de los Cuatro Caminos certificaron que el niño padecía una *extensa contusión en la región molar derecha y oreja del lado izquierdo*.

Cuando llegó á mi el rumor de que en un colegio de Hermanos de la doctrina cristiana habían maltratado á un niño, vino involuntariamente á mi memoria el nombre del hermano Labré; así es que recibí una gran satisfacción al saber que aquél sólo había sido ahofeteado bárbaramente. Es lo menos que pueden hacer con un niño en un colegio de tal clase, y más si, como el de que se trata, se envanece con el título de *Protector de los niños desvalidos é incurables*.

Felicito, por lo tanto, al niño, á sus padres, y á los padres que tienen sus hijos en colegios donde no corren peligros de esa índole.

Aquella frase de Cristo, «dejad que los niños se acerquen á mí», infunde miedo va á los más valientes, cuando se la oyen á muchos de los que se dicen mantenedores de su doctrina.

OTRO GAZAPO

La Voz Montañesa, de Santander, descubre otro chanchullo parecido al que tanta celebridad proporciona al actual obispo de Cádiz.

Se trata también de un legado en beneficio de los pobres, que alguien se apropió faltando al séptimo mandamiento. De un millón de pesetas, que para los de Laredo dejó D. Juan Antonio de la Fuente y Fresneda, no quedan, que se sepa, más que trescientas mil pesetas y una finca.

Dicenle además á *La Voz*, que en Cádiz dejó otras fincas el Sr. de la Fuente y Fresneda, pero que de ellas se han apoderado unos caballeros, y que desde hace tres años existe en Madrid un expediente para reclamárselas.

El colega cree que este asunto puede llegar á promover tanto escándalo como el del legado de Igareda.

Y si los comprometidos son gente gorda, no se producirá más que el escándalo, como en el que figura el Sr. Calvo y Valero, sin que haya medio de que suelten la presa.

Por lo demás, el caso de Igareda que cita, justifica á esos clericales que á costa de los pobres de Laredo se han convertido en dueños de casas en Cádiz, pues se han limitado á imitar á su pastor, y si el guardián juega á los naipes...

¡DINERO! ¡DINERO!

Nace un niño, y el padre consigue autorización del cura de Alza, mediante cinco pesetas, para bautizarlo en Rentería, por serle más cómodo y fácil.

El cura de Rentería cita á las nueve y media á la comitiva; se presentan con el niño, el sacristán les pregunta si está todo dispuesto, contestan que sí, y entonces replica que no ve la tostada, digo la tarta, (bandeja con bolados y bizcochos), que allí se acostumbra regalar.

Contesta el padre que ha encargado á la confitería que se lleve directamente á casa del cura; entra el sacristán á decirsele á éste, y sale diciendo que no se bautizaba el chico si antes no veía el cura la tarta; el padre se indigna y deja con todos de la iglesia resuelto á prescindir del bautizo, si bien luego accede por su familia, pero él no concurre. Y aquí empieza la segunda parte.

Además de la tarta, tuvieron que regalar dos velas y un pañuelo nuevo, darle una peseta á la mujer que cogió la tarta, otra á la que cogió las velas y el pañuelo, otra al organista que tocó sin mandárselo, amén de otra al sacristán y una gratificación al chico que sopló el fuelle; todo esto obligatorio, y sin perjuicio de los derechos del párroco.

No me extraña que los curas digan que el bautizo es un sacramento, y que cobren por administrarlo, no sólo ellos sino hasta las ratas de la iglesia; lo que si me extraña es que necesiten tantas cosas para administrarlo, cuando tan pocas necesitan para romperselo al prójimo, como demostraron en las guerras civiles pasadas y demostrarán en la que preparan actualmente.

La Verdad (¡embustera!) de Tortosa, denuncia á las autoridades una lámina de *El Federal* de Valencia, que, (palabras textuales) «representa un cura y una monja bailando una jota acancanada, mientras otros tocan la guitarra, beben sendas botellas de vino, brindan con entusiasmo vaso en mano y chico-leon á una hermana de la caridad.»

¿Y que hay en eso de malo, si la lámina está bien hecha? Esas apreciables gentes de Iglesia prueban que tienen la conciencia tranquila cuando con tal fervor se divierten. ¿O quería el colega clerical que en vez de eso estuvieran pecando en la sombra con hija ó hijo de varón, conspirando contra el orden público, ó haciendo cartuchos para la próxima guerra?

La alegría excluye en absoluto las pasiones de la ira y la envidia, causa de males sin cuento. Alegrémonos, por lo tanto, cada vez que los curas se diviertan sin perjuicio del prójimo y con regocijo de las prójimas.

¡Y ole!

Escapóse de Beninodo una joven de dieciséis años y fué á dar en el convento de Carlet.

Dejaba detras á un padre anciano y á un hermanito de tres años que no había conocido á su madre y á quien ella había servido de tal.

Al poco tiempo regresó á por la autorización paterna. El padre se la negó, la presunta monja se insolentó con él, acudió á apoyarla el cura, y, por fin, la arrancó.

El padre le suplicaba que no los abandonase; el abuelo, pues lo tenía, hacia lo propio; el niño lloraba pidiéndole que no se fuera.

Todo inútil. La mala hija y mala hermana, después de lucir el hábito por el pueblo y chismorrear con las beatas, tomó el camino del convento.

La religión endurece los corazones y petrifica las almas. Dios haga que nunca caigamos en la horrible tentación de ser religiosos.

Señores obispos del Congreso católico de Tarragona:

Ya que no hagan nada de provecho para el pueblo ¿por qué no echan una derrama entre ustedes para reunir los dos milloneros y pico que retiene su camará el de Cádiz, y los entregan en Cabezón de la Sal?

Vamos, ilustres prelados, que no se diga. Salven ustedes á ese infeliz y de paso el honor del episcopado español.

No sean ustedes tacaños, y cubran con su manto, como hacía Constantino, las faltas de un sacerdote.

¿Que cuanto les pido por este buen consejo? Nada. No me parezco á los curas, que ni consejos dan de balde.

Adhesión curiosa, original y significativa.

«El cardenal arzobispo de Toledo, su obispo auxiliar, su cabildo y clero se adhieren á lo puramente religioso que se trate en el congreso católico.»

¿A lo puramente religioso? ¿Pues de que se van á ocupar allí? ¿De la guerra acaso?

DISPAROS

La madre de la joven Francisca Fernández, recluída en el manicomio de Ciempozuelos, no ha logrado verla aún.

Es hermoso esto. Se dice que una alienada ha sido brutalmente atropellada; se forma causa; la madre intenta verla varias veces, y no lo consigue, á pretexto de que sufre accidentes...

¿Qué pasa aquí? ¿Qué se trata encubrir á la madre? ¿Está acaso la joven en estado sospechoso? Pronto hemos de saberlo, porque la causa se halla hace ya más de veinte días en la Audiencia, y el defensor pondrá en claro todo el día de la vista.

Pero hasta tanto, permítasenos hacer cuantas suposiciones sean compatibles con la conducta oscura de las gentes religiosas del manicomio de Ciempozuelos.

Según un telegrama que publica *El Liberal*, la intranquilidad cunde entre los empleados de Hacienda en Cuenca, y se hallan pusilánimes de manera, que se pasan las horas en la iglesia rezando porque no les ocurra nada.

Más natural parece que empleasen el tiempo trabajando en poner en claro los fraudes para probar que no tenían parte en ellos.

¡Pero vaya usted á convencer á ciertas gentes de que para librarse de tratos con la justicia no hay como acogerse á sagrado, y eso que las iglesias no son ya lugares de asilo!

Muchos periódicos de Madrid y provincias han hablado de la querrela por estufa presentada contra D. Venancio González. Muy pocos, contadísimos, de la retención del legado de Igareda por el obispo Calvo y Valero.

La hipocresía, el temor ó el interés corren aquí pa-

rejas, porque el caso viene á ser igual: desaparición de bienes de los pobres. Y aun resulta peor el segundo caso, por tratarse de un obispo.

El clericalismo ha echado á volar la noticia de que la Regente está afiliada á la masonería.

A la monarquía le va á ocurrir con el clericalismo lo que al labrador con la culebra; la ahogará por el crimen de haberlo hecho revivir con el calor de su pecho.

Y á no ser porque la nación pagará en último término los vidrios rotos, sería cosa de exclamar: ¡Venga de ahí!

Murió una católica en Alfarp; era pobre, y el cura, desconfiando del cabro, mandó al sacristán por las dieciocho pesetas del entierro, y hasta que no las tuvo aseguradas, no procedió al acto.

Aun considerando como industria la profesión del cura, sería injusta la exigencia. El servicio precede siempre al pago.

Y no digo nada de la caridad cristiana, ni de quo es obra de misericordia enterrar los muertos, porque este es un lenguaje ininteligible para los curas de todas las religiones.

Lana y leche, vivas; carne y piel, muertas... Esto deben dar las ovejas á sus pastores; y en tal sentido, el cura de Alfarp ha hecho perfectamente.

Seamos desapasionados.

Registrado un capellán en un fielato de consumos en Valencia, se le encontró un jamón bajo los manteos.

Por la mañana, trasladando almas del purgatorio al cielo... Por la tarde jamones desde las afueras á la ciudad.

¡Y que aun haya impíos que sostengan que los curas no sirven para nada!

En el local que se celebra el Congreso católico de Tarragona, no han señalado sitio especial para la prensa. Se comprende. La sombra es enemiga de la luz, y sin la prensa los obispos y demás gente clerical vivirán en grande.

El carlismo ha fundado un nuevo centro de recluta en Lérida, disfrazado con el nombre de Seminario.

Y nosotros, los liberales, tan tranquilos.

¿Si mereceremos la deshonra de un gobierno genuinamente clerical?

Voy sospechando que sí.

Se ha inaugurado el Congreso católico de Tarragona. ¡Sin dinero que le cuestan á la nación los señores que en él charlan!

Así cualquiera viaja, discurrea y se divierte.

Cuando se entretenía en limpiar de moneda un copillo de la iglesia de San Cayetano, fué detenido el martes un devoto francés.

Y los monjes dirán riendo de su torpeza, que el que ha de ser sacristán desde pequeñito empieza.

El infame que en Algeciras abusó torpemente de un niño de siete años, llevaba al cuello una porción de escapularios y medallas.

Era natural.

¿A cuántos pobres se les podría haber evitado la muerte en el próximo invierno con los millones invertidos en llevar gaudules á Roma?

Tienen la palabra Comillas, Cubas y demás beatos que promovieron la peregrinación.

BIBLIOGRAFIA

Se ha recibido en esta Redacción el folleto *A B C de la espiritismo*, publicado por la biblioteca económica de *La Irradiación*. Se vende al precio de 0.20 de peseta en la Administración de dicho periódico, calle de Hita, 6 bajo, Madrid.

EXAGERACIONES

SONETO

¿Qué se dice en el pueblo? ¿qué murmura de mi esa ingrata y perversa gente?, preguntó al sacristán, su confidente, un párroco rural de Extremadura.

—Dicen... ¡qué atrocidad!... una impostura.

—Háblame sin rodeos, francamente.

—Pues que no hay por aquí chico viviente que no le pertenezca, señor cura.

Lanzó un suspiro místico frailuno el párroco, y exclamó: ¡Voto á mil santos!

¡Como exageran las flaquezas de uno!

Me gustan de las hembras los encantos, y esos chicos... tal vez... tal vez alguno... pero ya tantos, no. No, ¡ya no tantos!

JOAQUÍN G. LOSADA.

Imprenta, Plaza del Dos de Mayo, 4.